

Paul Theroux

El viejo expreso de la Patagonia

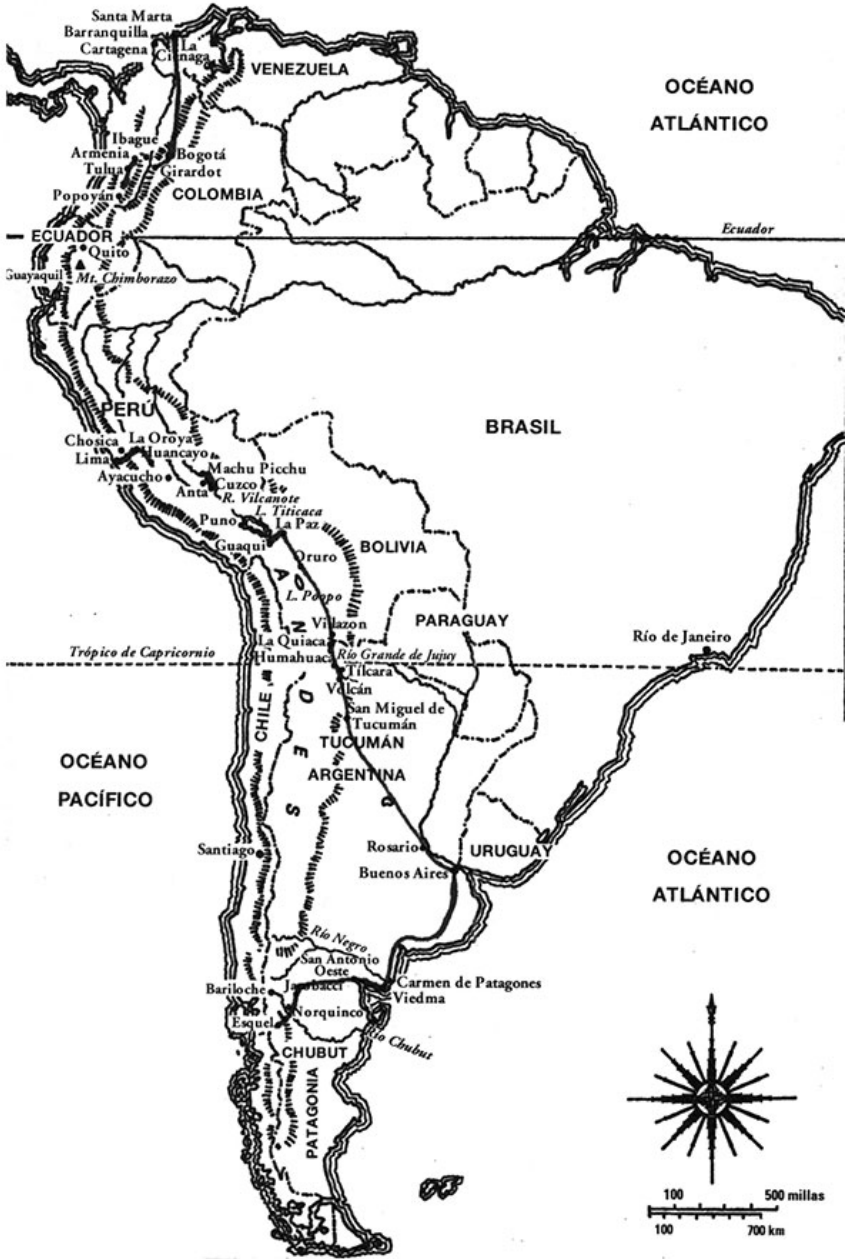
Un viaje en tren por las Américas



Como había hecho años antes cuando cruzó toda Asia y Siberia, Paul Theroux se marcó en 1976 un larguísimo itinerario, que esta vez abarcaba casi toda América, y se empeñó en recorrerlo únicamente tomando trenes. Entre Boston y la Patagonia, habría de atravesar EE.UU., México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina.

Viajando, como siempre, sin prisas ni planes fijos; sudando o tiritando, según variaban la altitud; pasando de largo de las grandes capitales y deteniéndose en destinos poco frecuentados, Theroux iría construyendo a lo largo del viaje una crónica fascinante hecha de encuentros azarosos, anécdotas suculentas y personajes unas veces estrafalarios y otras entrañables, entre los que destaca el mismísimo Jorge Luis Borges, a quien visitó diariamente en Buenos Aires durante una semana, antes de alcanzar por fin la Patagonia y poner punto final a su periplo.

Para mi Shanghai Lil, y para Anne,
Marcel y Louis, con amor



Ese tren era un trozo de vida en medio de la cadavérica tierra; era el actor, el espectáculo dispuesto a ser observado en esa parálisis del hombre y la naturaleza. Y cuando pienso en el modo en que se tendió la vía férrea a través de esos páramos sin agua y esas guaridas de tribus salvajes... en el modo en que a cada etapa de la construcción, rugiendo, las ciudades improvisadas, llenas de oro, lujuria y muerte, brotaron y luego murieron, y eran ya simples estaciones perdidas en el desierto; en el modo en que en esos toscos lugares coletudos piratas chinos trabajaron codo con codo junto a rufianes de frontera y europeos desesperados, hablando entre ellos en un dialecto hecho de mezclas, de juramentos sobre todo, bebiendo, peleándose y matándose como lobos; en el modo en que el empenachado lord hereditario de toda América oyó, en esa última constancia, el grito del aciago vagón transportando a sus enemigos; y cuando recuerdo además que todo ese épico torbellino fue dirigido por caballeros con levita y la perspectiva de nada más extraordinario que una fortuna y la consiguiente visita a París, me parece, lo reconozco, como si este ferrocarril fuera el logro prototípico de la era en la que vivimos, como si uniera en una trama todos los anhelos del mundo y toda la gama de categorías sociales, y ofreciera a algún gran escritor el tema más bullicioso, amplio y variado para una obra literaria duradera. Ya sea aventura, ya sea contraste, ya sea heroísmo lo que pedimos, ¿qué fue la ciudad de Troya comparado con esto?

ROBERT LOUIS STEVENSON, *El emigrante aficionado*

'Romance!' the season-tickets mourn,
'He never ran to catch his train,
'But passed with coach and guard and horn —
'And left the local — late again!
Confound Romance... And all unseen
Romance brought up the nine-fifteen.

RUDYARD KIPLING, *The King*

1

EL LAKE SHORE LIMITED

Resultaba evidente que en aquel tren de cercanías uno de nosotros no se dirigía a trabajar. Habría sido posible reconocerlo de inmediato por el tamaño de su equipaje. Y, además, siempre se distingue al fugitivo por su errabunda expresión de petulancia; parece tener un secreto en la boca, como si estuviera a punto de hacer un globo. Pero ¿a qué mostrarme tímido? Me había despertado en mi viejo dormitorio, en la casa donde había pasado la mayor parte de mi vida. Una gruesa capa de nieve rodeaba la casa y en el jardín un sendero de pisadas heladas conducía hasta el cubo de la basura. Acababa de visitarnos una tormenta de nieve y se esperaba otra para las próximas horas. Me había vestido, atado los zapatos con más cuidado del habitual y no me había afeitado la parte superior del labio con el propósito de dejarme bigote. Tras palparme los bolsillos para cerciorarme de que llevaba el bolígrafo y el pasaporte, bajé las escaleras, pasé ante el hipante reloj de cuco de mi madre y me dirigí a Wellington Circle para tomar el tren. El frío paralizaba, la mañana era perfecta para partir rumbo a Sudamérica.

Para algunos, aquél era el metro que llevaba a la plaza Sullivan, la calle Milk o, como mucho, a Orient Heights; para mí, era el tren de la Patagonia. Dos hombres hablaban

en voz baja en un idioma extranjero; otros llevaban fiambreras, maletines y portafolios; y una mujer mayor con una bolsa arrugada de grandes almacenes dispuesta a devolver o cambiar un artículo no deseado (la bolsa original otorgaba veracidad a la incómoda operación). La crudeza del clima había alterado los rostros del multirracial vagón: las mejillas blancas parecían frotadas con tiza rosa, los chinos estaban exangües, y los negros, cenicientos o de un gris amarillento. Al amanecer la temperatura había sido de doce grados bajo cero, a media mañana de menos trece, y seguía descendiendo. El gélido viento sopló por el vagón cuando las puertas se abrieron en Haymarket y tuvo el efecto de silenciar los murmullos de los extranjeros. Parecían mediterráneos; la corriente de aire les hizo torcer el gesto. La mayoría de la gente permanecía sentada de forma compacta, con los codos pegados a los costados, las manos sobre el regazo, los ojos entrecerrados, conservando el calor.

Tenían asuntos que atender en la ciudad: trabajo, compras, banco, el embarazoso momento ante el mostrador de las devoluciones. Dos sostenían voluminosos libros de texto sobre el regazo, y un lomo que estaba dirigido hacia mí rezaba: *Introducción a la sociología general*. Un hombre recorría solemnemente los titulares del *Globe*, otro hojeaba los papeles de su portafolios. Una mujer le decía a su hija pequeña que dejara de dar patadas y de moverse en el asiento. Poco a poco iban saliendo a andenes ventosos; al cabo de cuatro estaciones, el vagón estaba medio vacío. Regresarían esa misma tarde, tras haber pasado el día hablando del tiempo. Sin embargo, iban vestidos para combatirlo, con las ropas de oficina bajo los anoraks, los guantes, los mitones, los gorros de lana; sus caras mostraban resignación y, ya, un indicio de cansancio. Ni un vestigio de entusiasmo; todo lo cual era habitual y corriente; el tren constituía su latazo diario.

Nadie miraba por la ventana. Ya habían visto antes el puerto, Bunker Hill y los carteles. Tampoco se miraban unos

a otros. Las miradas se detenían a pocos centímetros de los ojos. Aunque no les prestaran atención, los carteles colocados sobre sus cabezas les hablaban a ellos. Los pasajeros residían en esa zona, eran importantes, los publicitarios sabían a quiénes se dirigían. «¿Necesita formularios para el impuesto de la renta?». Debajo, un joven con una chaqueta de color verde guisante leía el periódico con una mueca y tragaba saliva. «Cobre sus cheques en cualquier lugar de Massachusetts». Una mujer con la tez gris amarillenta de hotentote abrazaba su bolsa de plástico. «Apúntate al voluntariado de las escuelas públicas de Boston». No era una mala idea para el examinador del portafolios, con su gorro ruso y harto de todo. «¿Un crédito hipotecario? Nosotros le atenderemos». Nadie levantaba la vista. «Techos y cañerías. Obtén un diploma universitario en tus ratos libres». Un restaurante. Una emisora de radio. Un llamamiento a abandonar el tabaco.

Los carteles no me hablaban a mí. Eran asuntos locales, pero yo me iba esa mañana. Y cuando uno se va, las promesas de los publicistas resultan inútiles. Dinero, escuela, casa, radio: los dejaba atrás, y, en el transcurso del breve trayecto entre Wellington Circle y la calle State, las palabras de los anuncios se habían convertido en implorante parloteo, como el sinsentido de una lengua desconocida. Podía encogerme de hombros; me alejaba de casa. Aparte del frío y de la cegadora luz de la nieve caída, no había nada de gran importancia en mi trayecto, nada trascendental salvo el hecho de que, al entrar en la estación South, me encontraba ya kilómetro y medio más cerca de la Patagonia.

Viajar es desaparecer, una incursión solitaria por una apretada línea geográfica hacia el olvido.

*¿Qué habrá pasado con
Waring tras pegarnos esquinazo?*

Sin embargo, un libro de viajes es lo opuesto, el solitario que regresa orondo a casa para contar la historia de su experimento con el espacio. Es el tipo más sencillo de narración, una explicación que constituye su propia excusa para hacer las maletas y partir. Es ordenar el movimiento mediante su repetición con palabras. Esa clase de desaparición es elemental, aunque pocos regresan silenciosos. Y, sin embargo, la convención es escribir condensando el viaje, empezar —como hacen tantas novelas— *in media res*, arrojar al lector a un lugar extraño sin haberlo guiado antes hasta él. «Las hormigas blancas se me habían comido la hama-ca», así podría empezar un libro; o «Ahí abajo, el valle patagónico se hundía en la roca gris, partido por las riadas y luciendo sus estratos formados durante eones». O, por elegir al azar las primeras frases de tres libros que tengo al alcance de la mano:

Fue hacia mediodía del 1 de marzo de 1898 cuando me encontré entrando por primera vez en el estrecho y un tanto peligroso puerto de Mombasa, en la costa oriental de África. (*Los devoradores de hombres de Tsavo* del teniente coronel John Henry Patterson).

«¡Bienvenidos!», anuncia el gran cartel situado a un lado de la carretera mientras el automóvil completa su ascenso en espiral desde el calor de las llanuras meridionales de la India hasta un frío casi alarmante. (*Ooty Preserved* de Mollie Panter-Downes).

Desde el balcón de mi habitación tenía una vista panorámica de Accra, la capital de Ghana. (*¿A qué tribu perteneces?* de Alberto Moravia).

Mi pregunta habitual, no respondida por estos libros de viajes —ni por la mayoría—, es: ¿cómo se ha llegado hasta ahí? Incluso sin la insinuación de un motivo, se agradece un prólogo, puesto que con frecuencia el trayecto es tan fascinante como la llegada. Sin embargo, dado que la curiosi-

dad implica retraso, y el retraso es considerado como un lujo (aunque, en el fondo, ¿qué prisa hay?), nos hemos acostumbrado a que la vida se limite a una serie de llegadas y partidas, de triunfos y fracasos, sin nada digno de mención en medio. Las cimas son importantes, pero ¿qué ocurre con las faldas del Parnaso? No hemos perdido la fe en los viajes que nos alejan de casa, pero los textos escasean. La partida es descrita como un momento de pánico y de comprobación del billete en una sala del aeropuerto, o como un beso apresurado en una pasarela; luego, silencio hasta «Desde el balcón de mi habitación tenía una vista panorámica de Acra...».

En realidad, viajar es otra cosa. Desde el segundo mismo en que te despiertas ya estás camino del lugar extraño, y cada paso (ante el reloj de cuco, bajando por Fulton hasta el Fellsway) te acerca más a él. *Los devoradores de hombres de Tsavo* trata de leones que devoran trabajadores de la línea del ferrocarril en Kenia durante el cambio de siglo. Sin embargo, seguro que había un libro más sutil e igualmente fascinante acerca del viaje en barco desde Southampton hasta Mombasa. Por las razones que fuera, el coronel Patterson no lo escribió.

La literatura de viajes se ha vuelto insustancial, con esa ridícula vista con la nariz pegada en la ventanilla desde el inclinado interior del avión como manido punto de partida. Ese falso inicio, ese esfuerzo en busca del efecto, es hoy tan familiar que resulta casi imposible parodiarlo. ¿Cómo es? «Allá abajo se extendía el verdor tropical, el valle inundado, la colcha de retales de las granjas y, mientras entraba en la nube, vi caminos de tierra adentrándose hacia las colinas y coches tan pequeños que parecían de juguete. Dimos una vuelta al aeropuerto y, al descender para aterrizar, vi las majestuosas palmeras, la cosecha, los tejados de las destaraladas casas, las parcelas cuadradas hilvanadas unas a otras con vallas rudimentarias, las personas como hormigas, los vistosos...».

Este tipo de conjeturas nunca me ha parecido demasiado convincente. Cuando estoy aterrizando en un avión tengo el corazón en la boca; mi duda —¿no es la de todos?— es si nos vamos a estrellar. Paso revista a mi vida, una breve selección de trivialidades patéticas y sórdidas. Entonces una voz me dice que permanezca sentado hasta que el avión se detenga por completo; y cuando aterrizamos los altavoces prorrumpen en una versión orquestal de *Moon River*. Supongo que si tuviera el coraje de mirar a mi alrededor vería a un escritor de libros de viajes garabateando: «Allá abajo se extendía el verdor tropical...».

Y, a todo esto, ¿qué hay del viaje en sí? Quizá no haya nada que decir. No hay mucho que decir acerca de la mayoría de viajes en avión. Cualquier sorpresa es por fuerza desastrosa, así que defines el buen vuelo en negativo: no te han secuestrado, no te has estrellado, no has vomitado, no te has retrasado, no te ha parecido un asco la comida. Y estás agradecido. La gratitud provoca tal alivio que la mente se queda en blanco, lo cual es adecuado puesto que el pasajero de un avión es un viajero en el tiempo. Se mete en un tubo enmoquetado que apesta a desinfectante y se abrocha el cinturón de seguridad para regresar a su casa, o para alejarse de ella. El tiempo está truncado o, al menos, deformado: el viajero parte en una zona horaria y emerge en otra. Y, desde el momento en que pisa el tubo e, incómodamente sentado, apoya las rodillas contra el asiento delantero, desde el momento de la partida, su mente se concentra en la llegada. Siempre que esté en sus cabales, claro. Si mirara por la ventana no vería más que la tundra de la capa de nubes, y por encima está el espacio vacío. El tiempo queda brillantemente cegado: no hay nada que ver. Por eso tanta gente se disculpa por tomar aviones. Dicen: «Lo que de verdad me gustaría es olvidarme de esos jumbos de plástico, subirme a una goleta de tres mástiles y quedarme en la toldilla de popa con el viento revolviéndome el cabello».

Sin embargo, las disculpas sobran. Un vuelo de avión quizá no sea un viaje en ningún sentido admitido, aunque es sin duda algo mágico. Todo el que disponga del dinero para el billete puede materializar ante él el castillo del risco de Drachenfels o la isla del lago Innisfree mediante el simple uso de la escalera mecánica correcta en, por ejemplo, el aeropuerto Logan de Boston; aunque hay que decir que seguramente existe más estímulo mental, más viaje, en ese ascender por la escalera mecánica que en todo el vuelo. El resto, el país extranjero, aquello que constituye la llegada, es la rampa de un aeropuerto maloliente. Si el pasajero considera que viajar constituye esa clase de traslado y ofrece su libro al público, el primer extranjero que el lector se encuentra es el aduanero hurgamaletas o el demonio bigotudo del mostrador de inmigración. Aunque la vida sea así, no por ello debemos dejar de lamentarnos ante el hecho de que los aviones nos han vuelto insensibles al espacio; estamos trabados, como amantes con armadura.

Todo esto es obvio. Lo que me interesa es el despertar por la mañana, el progreso desde lo familiar a lo un poco raro, lo bastante extraño, lo completamente ajeno y, por último, lo extravagante. El trayecto, no la llegada, es lo que importa; la travesía, no el desembarque. Como me sentía engañado por los otros libros y me preguntaba qué era exactamente lo que se me negaba, decidí experimentar partiendo al país de los libros de viajes, tan al sur como me llevaran los trenes que salían de Medford (Massachusetts); finalizar mi libro donde empiezan los libros de viajes.

No tenía nada mejor que hacer. Me encontraba en una etapa de mi vida de escritor que había aprendido a reconocer. Acababa de terminar una novela: dos años de actividad intramuros. Buscando otro asunto sobre el que escribir, me encontré con que en lugar de dar en el clavo no paraba de dar golpes de refilón. No soportaba el frío. Quería un poco de sol. No tenía trabajo... ¿Qué problema había? Estudié algunos mapas y resultó que existía un camino continuo

desde mi casa en Medford hasta la gran meseta de la Patagonia en el sur de Argentina. Ahí, en la ciudad de Esquel, acababan los trenes. No había ninguna línea hasta la Tierra del Fuego, pero entre Medford y Esquel había muchísimas.

Imbuido de semejante ánimo vagabundo me subí a ese primer tren, el que tomaba la gente para ir a trabajar. Ellos bajaban: su trayecto concluía. Yo me quedaba: el mío no hacía sino comenzar.

En la estación South, con la piel arrugada como el crepé a causa del desapacible frío, vi aparecer a algunos amigos. El vapor surgía de debajo del tren, y mis amigos se materializaron de entre la niebla, con el aliento cual estela tras ellos. Bebimos champaña en vasos de papel y dimos pequeños brincos para mantener el calor. Apareció mi familia, agitando las manos. Presa de la excitación, mi padre se olvidó de mi nombre; pero mis hermanos estaban tranquilos, uno irónico, el otro mirando con ojos entrecerrados a un elegante joven que recorría el andén y diciendo:

—Un poquito de lavanda, Paul... ¡vigila, que se sube!

También yo me subí y dije adiós a quienes habían acudido a despedirme. Mientras el *Lake Shore Limited* salía del andén quince sentí que seguía aún en un estado provisional, como si todo el mundo se dispusiera a bajarse enseguida y yo fuera el único que tomaba el tren hasta el final de la línea.

Era una presunción agradable, pero quise guardarla para mí. En el caso de que un extraño me preguntara adonde iba, diría que a Chicago. En parte, era por superstición: me pareció que traería mala suerte nombrar, nada más iniciar el viaje, mi destino preciso. También era para evitar sorprender a quien me preguntara con un topónimo absurdo (Tapachula, Managua, Bogotá) o despertar su curiosidad y desencadenar un interrogatorio. En cualquier caso, aún me encontraba en casa, todo era familiar todavía: las inclinadas

fachadas traseras de las casas de piedra rojiza, la ridícula solemnidad de las agujas de la Universidad de Boston y, al otro lado del helado río Charles, las torres blancas de Harvard, que en su fragilidad semejaban intentos fallidos de torres de marfil. El aire era frío y nítido, y llevaba el grito del silbato del tren por todo Back Bay. Los silbatos de los trenes estadounidenses tienen un cambio de tono agrisado, y el tren más insignificante toca esa solitaria nota de un modo perfecto para los soñadores que se encuentran a lo largo de la ruta. Es lo que en música se llama una tercera disminuida: ¡Ju-uí! ¡Ju-uí!

Había algo de tráfico en las calles cubiertas de sal, pero ningún peatón. Hacía demasiado frío para ir andando. El extrarradio de Boston parecía desalojado: no había gente, todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, y la nieve salpicada de basura se apilaba en las calles vacías y cubría los automóviles aparcados. Pasamos junto a un estudio de televisión enladrillado para parecer una mansión rústica, un estanque de patos helado, una armería con almenas grises falsas tan convincentes en su pretendido aire militar como las que se ven en el reverso de las cajas de copos de maíz y que hay que recortar y pegar con cola. Conocía los nombres de esos barrios, los había visitado muchas veces, pero al irme tan lejos todos los puntos por los que pasábamos me parecían importantes. Era como si saliera por primera vez, y de verdad.

Al darme cuenta de lo bien que conocía esos lugares, me aferraba a lo familiar y me mostraba reacio a cederlo a la distancia. Aquel puente, aquella iglesia, aquel campo. Abandonar el hogar no supone ninguna conmoción, sino más bien una lenta acumulación de tristeza a medida que los lugares familiares pasan ante la ventana, desaparecen y se convierten en parte del pasado. El tiempo se hace visible y se mueve junto con el paisaje. Me era mostrado a cada segundo mientras pasaba zumbando el tren, dejando